



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Si es cierto que las historias nos salvan, ésta es la historia de alguien que se salvó contándola. Es el relato de una depresión, de un vacío repentino en la vida de un hombre que bajo la mirada del autor se convierte en un trasfondo luminoso para hablar de lo importante, de todo aquello que se siente y no se dice.

Este viaje al fondo de una enfermedad que aún se nombra en voz baja nos habla de un padre, de un hijo y de todos los que les rodean. Nos habla de un enamoramiento transatlántico, de una misteriosa mujer que calla su dolor, de madrugadas en Buenos Aires y días circulando por carreteras secundarias españolas, de un funeral desértico en Cádiz o de un vuelo alucinógeno desde la selva amazónica hasta los altos hornos de Vizcaya. Nos habla de la madre fallecida que nunca se ha ido y del padre que siempre está ahí, de lo frágil de la masculinidad, de sus trampas y sus máscaras.

Dice Carnero en las primeras páginas de *Hombres que caminan solos* que esta novela está escrita con la misma arquitectura torrencial de contar los hechos que usaban su madre y sus amigas al conversar. Una forma de narrar en la que el pro-

pio narrador desconoce el final de la historia, pero que irá comprendiendo a medida que la va contando. Y así lo percibirá el lector al adentrarse en la obra pues de algún modo sentirá que Carnero no escribe, sino que le habla —sosegadamente a veces, otras de forma enfebrecida— de sus miedos, de su ansiedad, de su depresión, de la pérdida del ser querido, del tipo de hombre que se espera que sea y que no es, de su cobardía, de su incapacidad de amar y de su soledad.

José Ignacio Carnero se adentra de nuevo en el género de autoficción, como ya hiciera con *ama*, su primera novela y con la que quedó finalista del Premio Euskadi de Literatura en Español 2020. Y una vez más, el autor nos regala una pequeña joya en la que retrata, desde una mirada muy íntima y personal, un viaje al interior de uno mismo, al lugar en el que mentalmente se encontraba cada vez que se sentó a escribir. Una historia escrita «desde las tripas, con mucha libertad y mucha intuición», como ha reconocido el autor en alguna entrevista, que es a la vez triste y cómica, oscura y luminosa —como la vida misma—, en la que Carnero refleja el ocaso de un

mundo que se desvanece, el suyo, que ya empezó a desvanecerse al morir su madre, y que ahora parece caerse a pedazos, irremediablemente, mientras avanza por el camino incierto y solitario de su enfermedad mental.

La depresión, un tema tabú incluso en la sociedad actual, es tratada por Carnero de forma muy personal y descarnada, pero sin tapujos, sin miedo y sin vergüenza, consiguiendo así una tierna y, por momentos, cómica descripción de su particular caída a los infiernos. O, en palabras del crítico literario Nadal Suau, «la novela que nos ocupa cuenta, en primera persona, la historia de un treintañero al que la ansiedad, los ansiolíticos, el miedo, la insatisfacción y cierta precariedad (si no económica, al menos vital) han convertido “en un auténtico idiota”».

Salpicada de aquellos referentes que marcan su vida —su madre y su padre, sus amigos, sus amores (omnipresente Laia), el barrio de su infancia; pero también Ambrose Bierce, autor de *El derecho a quitarse de en medio*, el Bill Murray de *Lost in Translation*, los personajes creados por los hermanos Cohen, *El reportero* de Antonioni o esa pareja que se reencuentra cada año en una isla italiana en *Avanti*, de Billy Wilder—, *Hombres que caminan solos* se divide en capítulos que pueden ser leídos como relatos independientes en los que un puñado de personajes —el padre, Laia, Paula, Malena, Mario o Ramón, entre otros— acompañan al autor en los estertores de una masculinidad que le ahoga y subyuga y tras la que, por fuerza, deberá renacer si quiere seguir viviendo.

Ocupan bastantes páginas de este libro, y seguramente muchas horas en la vida del autor, las nuevas formas de relacionarse a través de redes sociales, fundamentalmente Tinder, gracias a las cuales es fácil mentir en la relación, esconderte tras múltiples máscaras. También los viajes son importantes en este libro, viajes por el mundo, muchos de ellos entre amigos, pero que sólo llevan al protagonista al interior de su alma; y la relación con Laia, probablemente la única mujer a la que ama, más aún desde que ya no están juntos; o el fin del modelo de sociedad en el que ha sido educado —ese mundo que le enseñó su padre, de matrimonio por la iglesia, hijos e hipoteca, y que ya sólo permanece en el ideario de los ancianos de su barrio—.

Pero si hay algo que parece que quiera destacar Carnero en su segunda novela es la relación con su padre —quizás porque sabe que él la leerá, como leyó *ama*, el único libro que Antonio ha leído en su vida—. Así, el autor dedica los capítulos finales a este otro hombre que camina solo desde la muerte de su madre, haciendo de esas últimas páginas una particular *road movie* en la que padre e hijo comparten un memorable viaje por Cádiz para acudir a un funeral.

Una novela, en definitiva, que habla de la vida y de la muerte, negra pero brillante, tragicómica, fatídica pero esperanzadora, y, sobre todo, real y ficticia a la vez. Porque, como dice la periodista Loreto Sánchez Seoane «narra un poco de cada uno de nosotros en soledad. También de esos momentos de efusividad que le dan a la rutina la fuerza para continuar».

LOS TEMAS

Un año en la vida de un escritor da para hablar de muchos temas, sobre todo si su vida, como en el caso de Carnero, gira en torno a encontrar esos temas que iluminen su escritura. «Si no encuentras sentido a tu vida, invéntatelo», parece querer decir a gritos en muchas de las páginas de su novela y, así, emprende viajes en busca de la inspiración, alimenta un amor virtual allende los mares, asiste a funerales de gente que no conoce o protagoniza junto a su padre una legendaria *road movie* por desérticas carreteras del sur español.

Cómo es el proceso de su escritura y los estados en los que encuentra mayor inspiración; el incierto y solitario camino que transita cuando la enfermedad se deja notar con intensidad; sus amores y conquistas, en especial Laia, aunque también Paula, que, por muy real que

sea, no deja de ser producto de su imaginación; la absoluta consciencia de la pérdida de masculinidad, del fracaso, del miedo, del abandono, del horror; y el padre, sobre todo el padre, como única tabla de salvación —el hombre junto al que poder caminar—, son los principales temas de este *Hombres que caminan solos* que vuelve a situar a José Ignacio Carnero como uno de los referentes actuales en el género de la autoficción.

La mezcla de todos estos temas, como le ocurre en su vida, es el retrato veraz y emotivo de la fragilidad de este joven vasco, de treinta y tantos años, abogado y escritor, que desde las primeras páginas confiesa estar sumido en una profunda depresión. «Los hombres también nos deprimimos. Mejor decirlo alto y claro», ha remarcado en alguna entrevista.

EXTRACTOS

EL PROCESO DE ESCRITURA

«Yo heredé de mi madre una específica forma de contar las cosas. Esa que aprendí de ella y de las mujeres de mi barrio. Las mujeres se reunían en el salón y pasaban horas hablando. Entonces los niños poníamos la oreja y escuchábamos esas narraciones que iban y venían, narraciones aparentemente improvisadas que describían sucesos, uno tras otro, episodios que parecían desconectados entre sí, que se acumulaban, avanzaban, retrocedían y hacían perder el hilo de la conversación, pero que esas mujeres, cuando llegaban al final de su relato, encajaban y daban sentido como sólo el mejor de los novelistas sería capaz de hacer.»

«Existía, por tanto, una arquitectura en esa forma torrencial de narrar que todavía hoy, muchos años después, me sigue influyendo más que todos los libros que pueda leer. Tiene que ver con el asombro del descubrimiento. Ese que siente el narrador al ir contando una historia que desconoce, pero que irá comprendiendo a medida que es desenterrada.»

«Viajé a Thiaroye-sur-Mer, una ciudad de la periferia de Dakar, en busca de una historia que contar; una historia que llevase por título *Hombres que caminan solos*, y que narrase la vida de los deporta-

dos que no regresan a sus casas por el estigma del fracaso. O la vida de aquellos hombres que entregaron su dinero a otros que les prometieron llegar a Europa, y que, sin embargo, lo que hicieron fue engañarles. Les dejaron en una playa cualquiera de Senegal, o de Mauritania, y les dijeron que eso era España. Allí, en Thiaroye-sur-Mer, me contaron el relato de uno de esos hombres.»

«La frase de Aitor me sonó oportuna y lírica. Los que escribimos buscamos esos momentos de belleza en los que las palabras traducen el mundo justo de la manera en la que queremos verlo. Es como hacer trampas a la vida. Son instantes en los que las frases se ajustan de tal manera a la realidad, que queremos quedarnos detenidos allí, en medio de ellas, pronunciándolas, escuchando su sonido una y otra vez. Eso hacemos cuando escribimos, y cuando leemos, pero nunca cuando vivimos. Al vivir, nada nos sale bien, porque en la vida no hay palabras tras las que esconderse: las palabras sólo están en los libros. Es por eso por lo que me siento mejor leyendo que viviendo.»

«Como siempre he sido muy lector, no me costaba demasiado recrear todos esos dramas, cuyos detalles, en gran medida, extraía de los libros y de las películas. Aquellas chicas, mientras escuchaban mi relato, pa-

recían abatidas. [...] A veces se lo creían, y otras veces no, pero todas esas fabulaciones me ayudaron a mejorar como escritor, porque escribir es eso: engañar a los demás, fingir ser otro siendo el mismo, pasearse disfrazado por la ficción. Lo único distinto es que, escribiendo, a diferencia de lo que ocurre en la vida real, uno no se siente culpable de toda esa mentira; es más, sucede al revés: que se siente cierta satisfacción.»

«Reconozco que es triste y vergonzoso, pero debo confesarlo. Tan fuerte es mi pulsión por escribir que, aunque sea de un modo indirecto, sé que me dejé caer para después contarlo.»

«¿De qué sirve entonces escribir? Escribir sirve para enterrar a los muertos.»

LA DEPRESIÓN

«No sabría describir cómo es la depresión, pero me he propuesto escribir este libro y tengo que intentarlo. Diría que es una profunda oscuridad, una grieta en el alma. Devastó mi espíritu hasta tal punto que no era capaz, no ya de escribir una línea, sino ni tan siquiera de concentrarme en el argumento de una película que estuviera viendo. Durante un año apenas produje nada. Es una falacia la supuesta relación entre la locura y la inspiración. Además, no salía de casa; era incapaz de salir. El cubo de la basura se iba llenando de envases de comida precocinada, latas de cerveza y cartones de productos comprados en Amazon. Cada dos días, cuando anochecía, salía de mi apartamento y depositaba la bolsa con todos esos desperdicios en el

contenedor. Durante un año mi vida se limitó a eso: a producir basura.»

«De la depresión apenas hay referentes artísticos que despierten esa empatía. Y si no ha llegado el arte, ¿cómo van a llegar las personas? Difícilmente se encuentran obras que hayan definido con un grado suficiente de detalle qué es lo que sucede en el cuerpo de las personas que sufren depresión. Siendo esto así, es normal que nadie empatice con el depresivo. Alcanzo a ver esa invisible oscuridad en los grabados de Durero, en las pinturas negras de Goya, en Emily Dickinson, y en algunas piezas de Mahler. También en los Nocturnos de Chopin.»

«Química, genes y conducta. No sé en qué proporción. Ése es el origen de este abatimiento, esta parálisis, este miedo. Tan invisibles, tan profundos, tan secretos. Nadie siente compasión, nadie escribe sobre ellos, nadie dibuja sus contornos. Pero, sin embargo, habitan en nuestros desechos, en los contenedores de basura y en los ríos. Allí está toda la verdad. Cajas vacías de medicamentos en los vertederos y restos de antidepresivos en las aguas residuales que llegan hasta los ríos que atraviesan nuestras ciudades.»

«Siendo sinceros, nunca consideré el suicidio como una posibilidad.»

LA FRAGILIDAD MASCULINA

«Una vez más, creía que la ficción me iba a salvar. Pero realmente estaba hecho una mierda. Mi ordenador me lo recordaba.

Cada vez que lo abría y entraba en una página web, o en YouTube, me aparecían en la pantalla anuncios de infusiones que combatían el mal ánimo, aplicaciones que pretendían reducir la ansiedad reproduciendo sonidos de naturaleza y pastillas que potenciaban la excitación sexual. Mi ordenador sabía más de mí que mis propios amigos.»

«Pensaba que sólo era cuestión de tiempo que el resto de mi cuerpo también enfermara. Por esa razón, trataba de detener el avance de esa oscuridad, de esa nada, que parecía consumirme por dentro. Buscaba absurdos remedios en internet: cuencos tibetanos, flores de Bach o magnesio. Publicaba tuits compulsivamente para demostrar que me encontraba bien. Tomaba infusiones de valeriana, jugaba al FIFA en el móvil, daba golpes a un saco de boxeo, escuchaba música clásica o me ponía en el ordenador sonidos relajantes de ríos o de playas en calma. Joder, hasta me aficioné a escuchar a un predicador que cada noche dirigía un programa en la radio, un auténtico imbécil que tenía respuestas para todo. Pero nada de eso funcionaba. Nada lograba tranquilizarme. Nada lograba detener el daño que me estaba haciendo.»

«He visto que en las farmacias venden botes y geles de testosterona que, supuestamente, y entre otras cosas, ayudan a conservar el vigor sexual. Su consumo ha aumentado exponencialmente, porque los hombres tenemos que seguir siendo fuertes, autónomos, poderosos, competitivos. En eso nos han educado. Pero ¿no es ésa acaso una terrible esclavitud?»

«Me resistía a pedir ayuda. Creía que haciéndolo renunciaba a ser hombre.»

«Ahora, sin embargo, todos esos pensamientos me provocan una enorme vergüenza. Me cuesta escribirlos aquí. Me humilla verme a mí mismo como a un hombre cobarde.»

«He comentado mi adicción con algunos amigos. Ninguno se ha sorprendido. Parece que su consumo está tan generalizado entre sus conocidos como el tabaco o el alcohol. Uno de ellos, que ya ha superado sus problemas de ansiedad, suele dejarme las pastillas que le sobran en mi buzón cuando se lo pido. Es mi *dealer* de Orfidal. Porque hoy en día, el Orfidal se mueve por nuestras ciudades más que la cocaína.»

«Los hombres tenemos la costumbre de no hablar de ese tipo de intimidades. La debilidad es una cosa que se deja de lado, aunque últimamente dicen que confesar las fragilidades es algo que está bien visto. Yo lo dudo. Estará bien visto en un reality show, o en una serie, pero no en la vida, que sigue siendo tan cabrona como siempre.»

LAIA

«Hablemos de Laia. Dejaré Buenos Aires por un momento e iré atrás en el tiempo. Iré a aquel momento en el que Laia entró en mi vida, cuando yo aún era yo y faltaba mucho para que ese monstruo de la depresión, primero tímidamente, y después de forma más violenta, comenzara a visitar mi apartamento de madrugada.»

«Son extraños los pactos a los que llegamos con nosotros mismos, pues yo era consciente de que, aunque tendría que cargar con la pena del abandono, siempre estaría en deuda con ella. Porque me cuesta amar, y me cuesta dejar que me amen y, por eso, cuando alguien lo hace, acabo por sentir una gratitud infinita que va más allá de ese goce disperso del amor. Como si me rescataran de no sé qué rincón oscuro. Como si me devolvieran a la vida. Y Laia lo hizo, Laia me trajo de vuelta. Es por eso por lo que tantos años después me sigo sintiendo en deuda con ella.»

«En ocasiones, sin embargo, Laia tenía reacciones violentas. Lanzaba cojines, zapatos o almohadas. Nunca lanzó platos ni lámparas. En eso podía distinguir que se trataba tan sólo de un juego. Hay quien habla de la guerra del deseo y de la paz del amor. No sé dónde leí esa frase, pero, a buen seguro, Laia y yo nos encontrábamos en plena batalla.»

«El tiempo con Laia fueron apenas dos o tres meses de ruido y furia. Después, me quedé en silencio.»

EL PADRE

«Visualicé las manos de mi padre. Manos grandes, callosas y duras. Visualicé su barba gris, su rostro rotundo, sus hombros fornidos y su espalda. Visualicé cómo respetaba a mi madre, y al resto de las mujeres, y cómo se encolerizaba cuando veía u oía algún tipo de violencia de esa clase en la televisión. Visualicé cómo no negaba un puñetazo a quien lo mere-

cía. Pensé en mi padre y me sentí orgulloso de él. Y entonces me creí su hijo. Yo, el estudiante, el de las manos finas, el que nunca había pisado el barro, ni soltado un puñetazo, me creí su hijo.»

«Creo que, por encima de ser padre e hijo, éramos, sencillamente, dos hombres. Dos hombres solos y desorientados que se quieren. Y ese lazo me parecía más fuerte y sagrado que ningún otro.»

«El barrio de mi padre, mi barrio, está en las afueras de un pueblo de la periferia de Bilbao, es decir, es la periferia de la periferia. Así que llamar “céntricos” a aquellos pisos me parecía una inexactitud. Para mi padre, sin embargo, como aquél era el centro de su mundo, esos pisos, efectivamente, eran céntricos. Estaban, por ejemplo, frente a la caja de ahorros, una sucursal a la que mi padre, que no tiene tarjeta de crédito, acude a sacar dinero en efectivo para sus gastos sin tan siquiera mostrar su DNI.»

«A mi padre hay dos cosas que le obsesionan: tener pisos y dejar descendencia.»

«Y aquí estamos mi padre y yo dirigiéndonos al entierro de otro hombre. Qué extraño todo. Hombres solitarios que se relacionan a través de silencios. Hombres que no saben amar y que, sin embargo, aman.»

«Mi padre se ha puesto el palillo en la boca, pero yo no le digo nada. Paseamos junto al mar. Las olas rompen en el muelle. Las farolas parpadean. Somos tan sólo dos hombres que caminan juntos.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. El autor, y protagonista de *Hombres que caminan solos*, se debate constantemente entre la duda de si escribe para salvarse, si esa necesidad de escribir es su único bálsamo contra la depresión que sufre o, por el contrario, se hunde voluntariamente en las ciénagas de la enfermedad mental para poder escribir más y mejor, siendo ésta su única fuente de inspiración. Tras la lectura de su obra, ¿qué opináis al respecto?
2. ¿Por qué creéis que sigue siendo tabú hablar de las enfermedades mentales como la depresión o la ansiedad? ¿Pensáis, como el autor, que el depresivo no interesa a la sociedad capitalista porque no produce ni consume, y por eso se crea esa necesidad de esconderse y esconderlo?
3. ¿Creéis que la sociedad es, en general, menos compasiva con el enfermo si el depresivo es, como el autor, un hombre joven, apuesto, con éxito profesional, acomodado económicamente, con amigos y sin, aparentemente, ningún problema real que justifique su depresión? ¿Qué debería cambiar para que no fuera así?
4. Que el autor se retrate como un hombre vulnerable, perdido, cobarde, incapaz de amar, lastrado por un tipo de masculinidad que no le identifica, miedoso, hipocondríaco y en la más absoluta soledad, incluso cuando está rodeado de amigos, ¿creéis que hace que su obra tenga un cierto cariz feminista? ¿Podría leerse como un alegato contra los estereotipos masculinos y sus privilegios?
5. ¿Pueden este tipo de novelas de autoficción, donde el autor se desnuda y muestra sus más recónditas miserias, servir de ayuda para otras personas que están en su misma situación? ¿O el hecho de que el autor ficcione o novele los estragos de su enfermedad le resta credibilidad al relato?

6. Dicen que la literatura alimenta, pero ¿creéis que además puede sanar? ¿Escribir es una forma de terapia?
7. ¿Pensáis que el próximo libro de Carnero estará más cerca de la comedia que los dos primeros a juzgar por el final de este *Hombres que caminan solos*? ¿O tendrá que seguir nadando en esos estados depresivos en los que parece encontrar la inspiración que le falta cuando es feliz?
8. ¿Por qué creéis que está de moda la autoficción? ¿Quizás por los tiempos convulsos que nos ha tocado vivir, donde, como dice el refrán, la realidad supera a la ficción?
9. El retrato despiadado que José Ignacio hace de esa nueva forma de relacionarse a través de las redes sociales, de Tinder en particular, muestra lo fácil que es mentir, duplicar la personalidad, enmascarar defectos y enseñar nuestro lado más amable, de forma que el lector se queda con la sensación de que puede ser estafado en cualquier momento, al menos en cuanto a lo emocional se refiere. ¿Qué opináis de esta nueva forma de ligar? ¿Utilizáis las redes sociales para conocer gente?
10. ¿Sentís que conocéis al autor tras la lectura de su novela? ¿Es este tipo de literatura una forma de mostrar el verdadero yo?

EL AUTOR



© José Luis Roig

JOSÉ IGNACIO CARNERO (Bilbao, 1986) es licenciado en Derecho Económico por la Universidad de Deusto y actualmente ejerce como abogado en Barcelona. Ha publicado una crónica de viajes titulada *La luz de Lisboa* (Cua-

ernos Livingstone, 2016) y la novela *ama* (Caballo de Troya, 2019), con la que quedó finalista del Premio Euskadi de Literatura en Español 2020. *Hombres que caminan solos* es su segunda novela.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Para eso se escribe, para honrar a los muertos y comprender a los vivos. Para entender, más allá de la superficie, qué cruje dentro de alguien y lo ahoga de infelicidad. Para eso también leemos. Y este libro, durísimo y preciso, con un humor negro y sin embargo luminoso, nos consuela y nos dice: Yo también siento eso que nadie dice.»

Miqui Otero

«La de Carnero es una voz confesional que leemos como una novela. Contiene todo el ingenio, la ternura, el humor, la emoción y el derrumbe que requiere la tragicomedia en que convierte la invitación hacia uno mismo. A través de varios viajes, trenza un apasionante relato de supervivientes en la búsqueda incesante de su lugar en el mundo.»

Marta Orriols

«Cuánta belleza destila la literatura de José Ignacio Carnero. Con qué delicadeza hilvana esta historia tan poderosa que es *Hombres que caminan solos*.»

Laura Ferrero

«Ampliando la personalísima poética que inició en *ama*, José Ignacio Carnero trae en *Hombres que caminan solos* un noble e imperdible relato sobre el ocaso de la masculinidad, que incluye una entrañable cartografía del amor y los afectos en la edad de Tinder, un gradiente de expresiones de la melancolía contemporánea y un sensacional juego literario en los pliegues entre la realidad y la ficción.»

Antonio J. Rodríguez

